

Ética y micropolítica de la intervención psicosocial

Sara Makowski *

RESUMEN: El presente texto explora los límites y las potencialidades de las formas de intervención psicosocial en los actuales contextos societales. La primera sección del texto recorre las transformaciones socioculturales contemporáneas y sus correlatos en el plano de la subjetividad y la identidad. La segunda sección analiza dos casos diferentes de intervención (uno desde la política pública y otro desde la sociedad civil) con el fin de desmontar las formas de despolitización e hiperresponsabilización individual en las modalidades actuales de la intervención. La tercera sección expone las ideas centrales de una propuesta de intervención psicosocial anclada en los territorios de la ética y la micropolítica.

Palabras clave: intervención psicosocial, identidad, despolitización, ética, micropolítica

ABSTRACT: This text explores the limits and the potential of forms of psychosocial intervention in current societal contexts. The first section of the text covers the contemporary socio-cultural transformations and their parallels on the plane of subjectivity and identity. The second section analyses two different intervention cases (one from public policy and the other from civil society) with the intention of breaking down the forms of de-politization and individual hyper-responsibility in current intervention modalities. The third section of the text sets forth the central ideas for a psychosocial intervention proposal anchored in areas of ethics and micro-politics.

Key words: psychosocial intervention, identity, de-politization, ethics, micro-politics

* Profesora-investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

Escenarios de la intervención: breve inventario de síntomas

La aparición de nuevas formas de vulnerabilidad social y su creciente expansión e intensidad en el seno de las denominadas sociedades desarrolladas ha llevado, en la última década, a una observación más pormenorizada y crítica de las nuevas transformaciones sociales.

Las sociedades salariales, del pleno empleo, que habían implementado fuertes políticas de contención e integración social a partir del *Welfare State* o Estado Providencia llegaron a la década de los noventa con sus engranajes socioeconómicos desgastados y con visibles fisuras sociales. Los márgenes comenzaron a escurrirse cada vez más por los intersticios que se abrían en las esferas de la producción y el consumo, y se ampliaban crecientemente las franjas de personas cuyos lazos sociales, institucionales y laborales se fragilizaban.

Del otro lado del espejo, las imágenes no son ni mejores ni más alentadoras. Las sociedades latinoamericanas ingresaron a la década de los noventa, después de la llamada “década perdida”, con fuertes inequidades en la distribución del ingreso y la riqueza, con políticas sociales y económicas que aumentaron la vulnerabilidad y la exclusión, y con un mercado laboral que tendía a incluir a una población cada vez menor (Minujin, 1998:191).

El mundo laboral se ha vuelto precario, en decrecimiento, con una amplia población privada de mecanismos de seguridad social ligados a la asalarización.

Las estructuras sociales se han vuelto altamente heterogéneas y complejas, y hoy amplios sectores de las clases medias son también parte de las poblaciones vulnerables, en riesgo y con lazos sociales frágiles.

Las perforaciones en el tejido conectivo de lo social, el desencuentro entre las instituciones y las expectativas de contención, y la devaluación del entramado institucional de la política desgarran las narrativas de futuro y tornan difíciles las posibilidades de inclusión social.

Más allá de las matrices socioeconómicas innegablemente diferenciales, desde las sociedades posindustriales (específicamente Estados Unidos y la Unión Europea) y las latinoamericanas nos llegan postales parecidas: desempleados, *handicapés sociaux*, pobres, nuevos pobres, pobres estructurales, *chômeur de longue durée*, *homeless*, *underclass*,

uprooted, vulnerables, asistidos. Grupos variados y heterogéneos pero todos desenganchados del Estado, del mercado, de las sociedades nacionales o de los futuros posibles. Metáforas de los nuevos síntomas de la fragilidad de los lazos sociales en las sociedades contemporáneas. ¿Lo social a la deriva? Al menos, fuertes mutaciones en las maneras de pertenecer, de ser parte de una comunidad, y de tener o no un lugar socialmente reconocido como útil y valorado.

Las fuertes transformaciones socioculturales contemporáneas que vive América Latina desdibujan las articulaciones tradicionales entre Estado, cultura, sociedad y política.

Las preguntas tradicionales sobre la identidad, la inclusión social y la pertenencia nacional se quedan sin respuestas frente a la devaluación creciente de las grandes usinas dadoras de sentido social: el mundo laboral, la comunidad, la familia, las narrativas de la nación.

En líneas generales, se puede afirmar que las transformaciones contemporáneas han minado también el campo de la ciudadanía. Confrontada con la multiculturalidad y las experiencias de la fragmentación y la diversidad, la ciudadanía ya no constituye ese entramado universal que cobijaba en su interior, en calidad de igualdad, a los ciudadanos que compartían un Estado.¹ Se han relajado los tradicionales soportes de la ciudadanía, que hasta hace poco tiempo estaban asidos a un conjunto de normativas y reglas jurídico-políticas que claramente establecían quiénes pertenecían y quiénes no a una determinada comunidad nacional.

El marco de la universalidad se ha desdibujado por la potencialidad de la presencia multicultural: mujeres, indígenas, chicanos y homosexuales, entre otros, reivindican ser tratados como ciudadanos que portan especificidades culturales e históricas innegables.

La ciudadanía, en tiempos de la globalización, lleva la huella de la diferencia, se ha tatuado de particularismos. La ciudadanía parece haber perdido la connotación de ser un destino unívoco cuyos atributos se encuentran definidos de manera estática e inalterable. Asistimos, más bien, a una resemantización de la ciudadanía que ahora se nutre de la diferencia, la localidad y la fragmentación sociocultural.

¹ La temprana definición canónica de *ciudadanía* acuñada por Marshall y que tenía como telón de fondo al *Welfare State* comienza a mostrar sus límites frente a una realidad que aceleradamente se ha vuelto más compleja.

Las ciudadanías tatuadas parecen entrañar el riesgo de una disolución de la idea misma de ciudadanía –en tanto pertenencia e integración–, desplazando el tema de la membresía en desmarcamientos acendrados que se refugian en particularismos exponenciales. ¿Es posible, se pregunta Laclau (2000:126), abandonar por completo todo tipo de principio universal? ¿Es posible una pura cultura de la diferencia? Hay una paradoja de la diferencia que pretende que al mismo tiempo que a los sujetos se les reconozcan sus singularidades y se les trate como distintos, sean considerados como iguales.

La potencia de la globalización y sus correlatos en el campo de las culturas y las identidades vuelven una imposibilidad la existencia de un fundamento universal, pero esta imposibilidad no erradica su necesidad; “tan sólo transforma a este fundamento en un lugar vacío que puede ser colmado por una variedad de formas discursivas”, sostiene Laclau (*ibidem*:137).

Un balance que se precie de cierta ecuanimidad, no puede dejar de reconocer que la defensa de la diferencia ha traído algunos beneficios, en particular en lo que atañe al reconocimiento, a la toma de la palabra y al empoderamiento de ciertos grupos o sectores tradicionalmente relegados, como las mujeres, los indígenas, los homosexuales. Pero el riesgo de la política de la diferencia es desembocar en planteamientos tan tribales que terminen fortaleciendo la feudalización de la esfera pública.

En el plano de las identidades –colectivas e individuales– las actuales transformaciones societales han ido abriendo nuevos surcos cuya exploración nos remite a transformaciones sustantivas que se están operando en el campo de la intimidad, la subjetividad y la acción colectiva.²

Algunos autores han detectado que el descentramiento de la cultura respecto de los límites del Estado-nación ha ido disgregando las bases tradicionales de constitución y legitimación de las identidades: pareciera que las identidades contemporáneas beben de otras fuentes distintas al territorio, a los sindicatos, a las religiones y a las comunidades primordiales.

² Los aportes de Giddens, Beck, Baumann, Toraine y De Gaulejac, entre otros, son centrales para otear los nuevos cambios en los campos de los sujetos y las subjetividades.

El proceso globalizador ha traído una creciente consolidación de referentes de índole socio-comunicacional que no se adhieren a fronteras espacialmente delimitadas. García Canclini (1995:30) afirma que “las identidades modernas eran territoriales y casi siempre monolingüísticas [...] En cambio, las identidades posmodernas son transterritoriales y multilingüísticas. Se estructuran menos desde la lógica de los Estados que de los mercados.” Las identidades contemporáneas parecen encontrar hoy en día menos materiales para su constitución en los sellos étnicos y marcas territoriales que en los mercados musicales, televisivos y cinematográficos.

Las experiencias de los viajes y las migraciones, y las nuevas tecnologías, particularmente el Internet, operan como los nuevos pasaportes de entrada para los sujetos en tránsito que hoy tienen ciudadanías globales.

La globalización ha generado que las identidades, igual que las personas, se tornen viajeras y migrantes, y que los arraigos que se efectúan en los nuevos espacios—reales o virtuales—y en los nuevos grupos contengan elementos diversos que se yuxtaponen a partir de esquemas de sentido y marcos situacionales específicos.

La devaluación de las concepciones ontológicas y esencialistas de la identidad, la han despojado de un supuesto fundamento estático y hermético que las resguardaba del efecto contaminante de la diversidad.

Las identidades contemporáneas son co-producciones, una especie de ensamblaje inestable—de mundos, culturas e imaginarios— que en su interior contiene altas dosis de conflicto, exclusiones y también negociación y tolerancia.

En nuestra contemporaneidad las identidades están estrechamente relacionadas con la representación; hoy la pregunta por la identidad no es tanto quiénes somos, sino quiénes queremos ser y cómo queremos ser representados (Hall, 1998:4).

Las nuevas modalidades de la identidad son fragmentadas y heterodoxas, pero adquieren coherencia en espacios de sentido colectivamente compartidos. De allí que la identidad, aun en contextos de alta complejidad y fragilidad global, pueda seguir cumpliendo una de sus funciones centrales como es la de situar al sujeto o al grupo en un contexto significativo de cierta coherencia y estabilidad.

El desvanecimiento de los referentes unívocos de las identidades (raza, etnia, nación) ha vuelto al sujeto contemporáneo una suerte de nómada entre mundos vitales y contextos de sentido diversos, regidos por lógicas autónomas, y por ello obligado permanentemente a recomponer y explicitar los fragmentos heterogéneos que conforman su biografía.

La creciente reflexividad de las prácticas (Giddens, 1998) debe enfrentar composiciones caleidoscópicas del yo a las que tiene que otorgar cierta coherencia para la reproducción y el funcionamiento del individuo. Es por ello que la identidad individual en el mundo global no es sólo un soporte de la diversidad cultural, sino ella misma productora de la diferencia al haber liberado al sujeto de los anclajes homogéneos y compactos, y haber permitido la multiplicación de los puntos de referencia, en contextos, claro está, de creciente angustia e incertidumbre.

Este éxodo de la identidad individual de las esferas tradicionales donantes de sentido ha generado, por otra parte, la emergencia de una creciente individuación que ha ido acompañada de un “inusitado desarrollo de ideologías y éticas individualistas que ponen en el centro de la reflexión la cuestión de la autonomía individual (Makowski y Constantino, 1995:190-191).

Estas transformaciones a las identidades no deben llevarnos a emular la velocidad con que éstas se producen a la hora de reelaborar las categorías analíticas. Uno de los riesgos latentes consiste en producir rápidas evacuaciones: instalar vacuidades allí donde todavía se respiran sentidos e identificaciones.

La globalización no ha terminado ni con las identidades apegadas a un territorio, ni con las identidades étnicas ni con las identidades regionales; no se ha llegado tampoco al final de las narraciones ficcionales y fantasmáticas también constitutivas de la identidad.

De ello son testigo las actuales reterritorializaciones de la identidad frente a la aparente desespacialización promulgada por los procesos globalizadores. Es decir, una suerte de identidades clausuradas sobre el territorio, encerradas en sí mismas, aferradas a un fundamentalismo

que se procesa vía territorio, etnia, raza o religión,³ y que exaltan los particularismos a partir de la exclusión de lo distinto. Identidades, en fin, negadas al diálogo multicultural.

Las identidades se han reformulado, y lo que cabe es preguntarse, precisamente, por las formas y las lógicas de estas reformulaciones, por las nuevas articulaciones entre las identidades y la diversidad de *stock* culturales, estéticos y *mass*mediáticos que intervienen en su nueva conformación. Hoy el reto reside no en encontrar la nueva esencia que conforma las identidades globalizadas, sino en rastrear la multiplicidad de matrices culturales que en ellas se enquistan para poder entrever cuáles son las nuevas texturas y densidades de las identidades contemporáneas.

Si nos internamos en el campo específico de las subjetividades asistimos a una proliferación de nuevas interrogantes: ¿qué sujetos emergen en este contexto de profundos cambios societales y culturales? ¿Qué sujetos son los que habitan estas diásporas del agotamiento de los proyectos nacionales? ¿Qué tipo de sujetos son los que deambulan por las geografías latinoamericanas de los fracasos políticos, de los erratismos económicos y de las catástrofes sociales de las dictaduras militares, de las guerrillas y de los ajustes estructurales?

Los territorios inestables de la cultura, la política y la subjetividad contemporáneas han trazado la fisonomía de un sujeto que se recompone con fragmentos de excesos y déficits.

Se trata de un sujeto bordado por los excesos de las fantasías modernistas y modernizadoras latinoamericanas que generaron relatos de inclusión y movilidad social ascendente (a través del trabajo y la educación, por ejemplo); y al mismo tiempo un individuo atravesado por todos los fracasos neoliberales que quebraron los horizontes de futuros posibles.

Un sujeto modulado por políticas estatales de homogeneización y anulación de las diferencias en el plano cultural, étnico y lingüístico; y al mismo tiempo un sujeto que no puede escapar a la lógica del mercado

³ Los ejemplos contemporáneos sobran: desde el conflicto serbio-croata, pasando por el millón de desplazados de Sudán, hasta las guerras tribales de Afganistán, entre muchos otros lamentables conflictos.

que fragmenta desigual y asimétricamente las condiciones reales de existencia y el acceso al mundo de la producción y del consumo.

Un sujeto que se nutre de los excesos de violencia y de miedo generados por las dictaduras militares, el narcotráfico, el crimen organizado y la descomposición política; y al mismo tiempo un sujeto atrapado en el déficit de certidumbre y de confianza en las instituciones, en la democracia y en el futuro.

La intervención psicosocial enfrenta grandes desafíos y dilemas en los actuales contextos de precariedad social, desilusión política y reconfiguración de las subjetividades.

Las transformaciones en las instituciones, los desfases en los sistemas de autoridad y las fuertes sacudidas que experimenta el campo familiar no sólo desdibujan los contornos tradicionales de la intervención sino que los confrontan fuertemente cuando la primacía individual –ese “individualismo negativo”, como lo llama Robert Castel– aparece como la única ética posible.

El horizonte político, social y cultural que contenía las formas de intervención psicosocial en algunos países europeos y latinoamericanos durante las décadas de los sesenta y setenta –que tenía como telón de fondo una alta efervescencia cultural, un clima social contestatario liderado por sindicatos y movimientos sociales y una fuerte militancia política– se ha desvanecido.

Hoy en día las grupalidades, la elaboración de sentidos compartidos y los proyectos de futuro común han quedado, a diferencia de décadas pasadas, desarropados de utopías y fantasías. Por ello la pregunta por los contextos –sociales, políticos y subjetivos– en los que se produce la intervención psicosocial, y los alcances de la misma, no es una cuestión menor.

Las paradojas de la intervención: despolitización en la intemperie social

Las complejidades de los contextos sociales contemporáneos han provocado ciertos espejismos en las formas de intervención social y política actual. Frente a lo social fragmentado, polarizado y disgregado, las

políticas públicas implementadas en América Latina a partir de la década de los noventa han respondido con una especularidad similar: las formas de intervención política desde la denominada nueva gestión pública son también focalizadas, compensatorias, fragmentadas y dirigidas.

Toda una ingeniería social se ha ido montando para poder seleccionar a los más pobres entre los pobres, a los campeones de los pobres, y apuntar hacia ellos los esfuerzos compensatorios de integración social, política y económica. Formas de intervención que emanan de nuevos modos de contabilidad social orientados a contar cada vez mejor a los que menos cuentan de la sociedad. Y junto con el perfeccionamiento en la contabilidad social y política, nacen las nuevas nomenclaturas de la intervención: los vulnerables, los que están en riesgo, los pobres estructurales, los nuevos pobres, los asistidos, los desempleados, etcétera.

De allí que intervenir en los contextos actuales sea una forma de nominar, de adjudicar categorías y de asignar identidades.

Uno de los efectos de las modalidades presentes de la intervención social y política es reforzar, a través de la construcción de nuevas definiciones sociales, las sensaciones de pérdida de sentido, de desanclaje social y de vacío que crecientemente experimentan los sujetos y las grupalidades.

Las políticas públicas pretenden intervenir para incluir, para integrar, para compensar puntos de partida diferenciales; sin embargo, y paradójicamente, el efecto que alcanzan es precisamente una exacerbación de la intemperie social.

Los sujetos son despojados de sus pertenencias subjetivas y reducidos a cosificaciones interpelables en términos de beneficiarios, clientes y usuarios; y los ciudadanos ven minadas sus capacidades políticas para someterse a las leyes del mercado y del don público en la distribución de los bienes y servicios. Con estas premisas operan las formas contemporáneas de intervención social y política.

Una reciente encuesta realizada por la Subsecretaría de Prospectiva, Planificación y Evaluación de la Sedesol en México, en diciembre del 2003, arroja el dato de que casi un 70% de los mexicanos encuestados consideró que las prestaciones que el gobierno otorga a los pobres son una ayuda; sólo un 25% las percibe como una obligación del gobier-

no. Asimismo, un 90% de los encuestados cree que dar dinero a los pobres es una ayuda o un favor, frente a un 5% que cree que es más bien una obligación estatal.

Una de las paradojas de esta modalidad de intervención es que los sujetos de las políticas sociales son interpelados por el Estado desde su carácter de pobres o vulnerables, antes que desde su condición de sujetos titulares de derechos.

La conceptualización de los individuos como pobres, vulnerables o marginados tiene, efectivamente, una importante influencia sobre el modo en que se interpretan y legitiman socialmente las intervenciones del Estado (ligadas a la provisión de bienes). Muchas de las políticas sociales de tipo focalizadas o compensatorias que se pensaron inicialmente como intervenciones temporarias terminan cristalizándose en el mediano plazo como permanentes. Y junto con ellas se consolidan las nominaciones e interpelaciones: la vulnerabilidad o la pobreza dejan de ser una característica transitoria de los sujetos, y cuajan como identidades negativas permanentes. De allí el poder preformativo de las políticas públicas actuales.

En este sentido, la intervención pública actual genera una gran paradoja: repolitiza a los sujetos y a las grupalidades al reinventar nuevas nomenclaturas y hacerlos de ese modo interpelables (al menos como pobres, vulnerables o carenciados); y al mismo tiempo los despolitiza como sujetos al diluirles los referentes identitarios ligados al trabajo y al consumo, y como ciudadanos al negarles su derecho a la demanda y a la autonomía.

Estas modalidades de intervención no sólo restan posibilidades de producción de sujetos de enunciación, sino que licúan las identidades colectivas.

El resultado es, de acuerdo con Duschatzky y Redondo (2000), la producción de una subjetividad agradecida. El sujeto agradecido se posiciona en una relación de dependencia con el dador, y como tal percibe el bien como un acto de gracia y no como un derecho. Los mecanismos de producción de agradecimiento son sutiles y subrepticios. El agradecimiento surge cuando el bien obtenido no parece disponible para el conjunto ni legítimo como derecho.

Si se desplaza el foco de la mirada desde la intervención gubernamental hacia las formas de intervención de la sociedad civil, no se tardará en encontrar una paradoja similar a la anteriormente observada.

Al tomar como ejemplo la problemática y la realidad de niños y jóvenes que viven en las calles en la Ciudad de México, las paradojas de la intervención en la intemperie social se vuelven a delinear.

Las instituciones no gubernamentales y de asistencia privada que trabajan con la población callejera diseñan metodologías y prácticas de intervención destinadas a producir inclusión: convencer a los niños y jóvenes de que abandonen la calle e ingresen a los albergues o centros de atención que éstas tienen, reinsertar a esta población vulnerable en alguna modalidad de escolarización, estimular el aprendizaje de algún oficio o trabajo para una futura integración laboral, organización de programas de recreación variados, ayuda para la regularización de situaciones judiciales o burocráticas (trámites en juzgados y en delegaciones, actas de nacimiento, credenciales de identificación, registro de hijos nacidos en la calle), y vinculación con instituciones de atención sanitaria (hospitales, médicos y centros de desintoxicación).

En todos los casos mencionados, no se trata de lógicas de inclusión duraderas que dejen huellas en los procesos de reinserción social, y que potencien capacidades individuales y grupales para alcanzar y mantener un lugar socialmente valorado. Se trata, más bien, de integraciones precarias e inestables que coexisten con lógicas de exclusión y desanclaje en otras dimensiones de la experiencia.

La oferta institucional es muy vasta y diversa, y trasciende las fronteras de la sobrevivencia. El menú de actividades que se les ofrece a los niños y jóvenes de la calle hace visible la inexistencia de una exclusión absoluta, revelando más bien configuraciones complejas entre inclusión/exclusión que no dejan, sin embargo, de reforzar etiquetamientos negativos. Al final de cuentas, son todas actividades para los que son “de la calle”.

La invitación a participar en talleres de manualidades, actividades de recreación, pláticas de salud reproductiva, viajes, visitas a museos, entradas gratuitas a algunos cines en días determinados, facilidades para el acceso al Sistema de Transporte Colectivo Metro, entre muchas otras

actividades, ejemplifica en buena medida la gran imaginación de las instituciones de asistencia para mantener cautiva a su población de usuarios.

La inclusión de los excluidos que proponen las instituciones es básicamente funcional, es decir, permite el acceso a ciertos ámbitos (del consumo, de la cultura, de los espacios y equipamientos colectivos, etc.) pero de manera temporal y superficial, con lo cual sigue reproduciendo las formas básicas de la no integración social. Es más, estas formas de inclusión relativas son posibles únicamente desde una interpelación desvalorizante y reforzadora de la negatividad social.

Se conforma así una suerte de “proyecto de exclusión” fincado en el reconocimiento que las instituciones refractan a los niños y jóvenes de la calle que calma las angustias de vacío producidas por una falta originaria de nominación, y posteriormente reforzada por la experiencia social del no lugar.⁴ Pero, al mismo tiempo, la masividad con la que operan esos apelativos inhibe fuertemente otros funcionamientos individuales y grupales. “Ser de la calle” contiene al sujeto y permite ser nombrado, interpelado, reconocido socialmente; simultáneamente produce una operación de borramiento de filiaciones más arcaicas: se diluye la pertenencia a un núcleo familiar, se produce una disolución en la línea de parentesco al dejar de ser “hijo de” para pasar a ser “de la calle”.

Los cambios de nombres y apellido, la adopción de sobrenombres y el olvido de los lazos familiares, debilitan la inserción de los niños y jóvenes de la calle en una historia familiar. El desdibujamiento de la filiación dificulta la introyección de la idea de orden respecto a los géneros y a las generaciones, y de reglas que instauren la paternidad y la filiación.

Frente a la pérdida de filiación, los niños y jóvenes de la calle dependen fuertemente de la interpelación de las instituciones y de las imágenes negativas que los otros les remiten (imágenes de rechazo e

⁴ En el caso de los niños y jóvenes que viven en la calle, la experiencia del no lugar tiene tres dimensiones: la primera es biográfica y refiere a la experiencia de estos sujetos de no haber tenido un anclaje familiar, un lugar determinado en sus propias familias; una segunda dimensión es la espacial, que hace referencia a los desalojos permanentes del espacio público del que son objeto por parte de la policía; y una tercera dimensión es la social, que alude a la invisibilidad y al borramiento social: los niños y jóvenes que viven en la calle experimentan la desinscripción social.

indiferencia). A veces resulta incluso contraproducente intentar salirse de las nominaciones negativas porque se pierde visibilidad como sujeto. Cuando la única forma de existir para los otros es “ser de la calle”, la exclusión como proyecto mina capacidades instituyentes y creativas de los sujetos, y consolida formas de dependencia difíciles de traspasar (Makowski, 2004).

Las nominaciones negativas transmiten a los sujetos representaciones e imaginarios sobre la exclusión que empujan a los niños y jóvenes de la calle a asumir la condición de exclusión y de no lugar social como una responsabilidad personal, fruto de anomalías de orden individual o familiar.

Es así como opera la paradoja de la intervención desde la sociedad civil: se produce una despolitización de la condición de exclusión. Estas formas de intervención realizan una transferencia de un problema social al plano individual, y en este pasaje la exclusión se desviste, precisamente, de su carga social y política para reducirse a un problema de autoestima, acotado y centrado en cada niño o joven de la calle. Junto con la despolitización se opera una hiperresponsabilidad individual que acentúa la sensación de vacío e intemperie social.

De cementerios y reinenciones: ética y micropolíticas de la intervención psicosocial

¿Qué potencialidades tiene la intervención psicosocial en los actuales contextos de fragmentación social, crisis de las instituciones y desfundamiento de sentido? En tiempos en que se han disgregado las narrativas de cambio radical sustentadas por sólidos y homogéneos actores sociales como los partidos, los sindicatos, los trabajadores de las instituciones públicas, las potencialidades de la intervención psicosocial se juegan en los terrenos de una suerte de micropolítica de la producción de sentido y de una ética de la acción común.

La intervención psicosocial contemporánea enfrenta el desafío de repensar los contextos sociales, políticos y culturales locales en los que

se produce, y de generar nuevos instrumentos y dispositivos con vistas a generar procesos de creación de sentidos que sean sostenidos por formaciones colectivas.

Ante la creciente pérdida de sentido socialmente vinculante, la intervención psicosocial debe desencadenar y gestionar luchas políticas por el sentido al interior de las grupalidades e instituciones que son el objeto de su intervención. Estas luchas por el sentido deben estar orientadas a elucidar las premisas, las latencias y los obstáculos que se enquistan en la construcción de los vínculos y las subjetividades.

La intervención psicosocial comporta un verdadero proyecto político de construcción y deconstrucción en acto: al tiempo que debe favorecer y facilitar procesos de entretejimiento de sentidos y de posicionamientos subjetivos, debe deconstruir y desmontar fantasías, ilusiones e imaginarios del miedo que opacan la inteligibilidad y el esclarecimiento de las condiciones de la nueva realidad que enfrentan los sujetos y las grupalidades.

La reconstrucción de un tejido conectivo de lo social desde contextos de alta fragmentación y diferenciación sociocultural gira en torno a la posibilidad de entramar con hilos de tolerancia y pluralidad geografías sociales accidentadas y cartografías contracturadas.

Los sentidos colectivos fraguarán a partir de las yuxtaposiciones y articulaciones problemáticas, pero potencialmente creadoras, de las diferencias y la diversidad de las comunidades y las instituciones.

La velocidad de emergencia y la novedad de ciertos fenómenos que se gestan en la contemporaneidad han devaluado los reservorios tradicionales del sentido social. Y junto con ello se ha enterrado en los cementerios semánticos términos que aún pueden ser revividos.

Los proyectos comunes necesitan de los sueños, de las fantasías y de los horizontes abiertos para poder subsistir. Palabras tales como *solidaridad*, *utopía* y *futuro compartido* deben reingresar a la dinámica social para motorizar la idea de un mundo con sentido, en el que pueden tener cabida las diferencias y la aceptación comprometida de la otredad. Tal vez habría que tomar muy en serio la advertencia de Appadurai (1996:53) en el sentido de hacer de la fantasía y la imaginación un antídoto a la finitud de la experiencia.

Sin caer en romanticismos de ningún signo y sin propugnar un retorno a un pasado idealizado, hay que dar un paseo por los cementerios semánticos para reencontrar la potencia de futuros que fueron declarados pasado antes de vivir su presente.

Finalmente, los sentidos sociales no pueden eludir el procesamiento del tema de la alteridad, a riesgo de constituirse en archipiélagos inconexos. La elaboración de sentidos colectivos está, inexorablemente, atravesada por una gramática de la alteridad.

La globalización ha sido generosa en vagabundeos, voyeurismos y turismos por la alteridad; nos ha permitido mirar rostros diversos sin necesidad de una movilización en el espacio. El *zapping* sociocultural nos abre las puertas para pasear por la alteridad, espiarla, entrar y salir, y retornar al precario hogar como si nada hubiera pasado. La alteridad en la contemporaneidad se vive con indiferencia, con extrañamiento y con distancia; el otro es un espectro, un extranjero artificial, un fantasma con máscara (Baudrillard y Guillaume, 2000).

La función política de la intervención psicosocial debe estar asentada en una rearticulación del lazo social con base en una redefinición de la geometría de la alteridad; hay que variar la métrica de la otredad, en términos de reubicar al otro más cerca del prójimo.

Uno de los desafíos centrales para la intervención psicosocial en la actualidad constituye el hecho de lograr el pasaje de los galpones a las grupalidades.

La intemperie social, producto de la fragilización y quiebre de los lazos sociales, ha propiciado la acumulación de individuos en especies de depósitos o galpones sociales; individuos negativamente etiquetados y que han sido desvestidos de sus capacidades de sujetos, de interlocución y de autonomía.

En los galpones sociales se experimenta el vacío social, la desconexión con otros y la pérdida de lo que Giddens (1998) denominó como la capacidad de *agency*.

La intervención psicosocial debe contribuir a la reconstrucción de vínculos de reciprocidad, de solidaridad y habilitar la recomposición de identidades personales y sociales. Una suerte de transformación de los galpones sociales en grupalidades, entendidas éstas como fermentos de contención y de innovación social.

De allí que la intervención psicosocial esté comprometida con una ética de la acción común y de la enunciación. Los galpones deben ser reemplazados, a partir del trabajo en conjunto, por espacios de autonomía y destinos comunes que produzcan potencia enunciativa.

La ética de la acción común debe contribuir a reestructurar el campo de lo posible a partir de una reinención de sentidos y de futuros compartidos, localmente contenidos y globalmente articulados.

La intervención psicosocial como ética de la acción común tiene como materiales de trabajo las grupalidades acotadas y los espacios locales, y enfrenta el desafío de la producción de reconocimiento y de interconocimiento entre las diferencias culturales.

Ya no son los cambios globales y radicales el objeto de la intervención psicosocial, sino trocar los paisajes de indiferencia y desarticulación social en la constitución de actores sociales y en destinos comunes. Parafraseando a Laclau (2000:135), la intervención psicosocial debe encontrar rearticulaciones transculturales estratégicas que potencien y sumen fuerzas a las demandas particulares y las monten en cadenas de equivalencias –por ejemplo, que las demandas de las feministas se conjunten con la de los grupos negros y de las minorías étnicas, etc.– que alcancen una relativa universalización.

Finalmente, el trabajo de intervención psicosocial debe apuntar a una recuperación de la utopía y de las narrativas sociales para que sujetos y grupalidades puedan ser incluidos en flujos de acción comunes, y que trasciendan el campo de lo local.

La intervención psicosocial contemporánea, como ética y como política, debe orientarse a producir inclusión social a partir de la toma de la palabra y de los actos de enunciación.

Bibliografía

- Anzieu, D. y J.Y. Martin (1986). *La dynamique des groupes restreintes*, PUF, Francia.
- Appadurai, Arjun (1998). *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*, Public Worlds Series, University of Minnesota Press, Estados Unidos de América.

- Baudrillard, Jean y Marc Guillaume (2000). *Figuras de la alteridad*, Taurus, México.
- Carballeda, Alfredo (2002). *La intervención en lo social. Exclusión e integración en los nuevos escenarios*, Paidós, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (1983). *La institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets, Barcelona.
- Duschatzky y Redondo (2000). “Las marcas del Plan Social Educativo o los indicios de ruptura de las políticas públicas”, en Silvia Duschatzky (comp.), *Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad*, Paidós, Buenos Aires.
- Enriquez, Eugène (1999). *Le goût de l’alterité*, Desclée de Brouwer, Francia.
- Jáidar Matalabos, Isabel (comp.) (2003). *Convergencias en el campo de la subjetividad*, UAM-Xochimilco, México.
- (comp.) (2003). *Tras las huellas de la subjetividad*. UAM-Xochimilco, México.
- García Canclini, Néstor (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México.
- Giddens, A. (1998). *Las transformaciones de la intimidad*, Alianza, Madrid.
- Hall, Stuart y David Held (1990). “Citizens and Citizenship”, en Stuart Hall y Martin Jacques, *New Times: The Changing Face of Politics in the 1990*, Verso, Londres.
- Laclau, Ernesto (2000). “Sujeto de la política. Política del sujeto”, en Benjamín Arditi, *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Nueva Sociedad, Venezuela.
- Makowski, Sara y Mario Constantino (1995). “Imágenes de sobredosis: complejidad social e identidad en el fin de milenio”, en *Perfiles Latinoamericanos*, Flacso, México, año 4, núm. 7, diciembre de 1995.
- Makowski, Sara (2004). *Memorias desde la intemperie. Exclusión social y espacio: los chavos de la calle en el centro histórico de la ciudad de México*, tesis doctoral, UAM-Iztapalapa, México.
- Minujin, Alberto (1998). “Vulnerabilidad y exclusión en América Latina”, en Eduardo Bustelo y Alberto Minujin (eds.), *Todos entran. Propuesta para sociedades incluyentes*, Unicef, Santillana, Colombia.

Revault d'Allones, Claude *et al.* (1999). *La démarche clinique en sciences humaines*, Dunod, París.

Revista Subjetividad y Cultura, núm. 3, octubre 1994, Plaza y Valdés, México.

———, núm. 4, abril 1995, Plaza y Valdés, México.

———, núm. 5, octubre 1995, Plaza y Valdés, México.

———, núm. 23, abril 2005, Plaza y Valdés, México.

Revista Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales, “Sujeto y subjetividad”, UAM-Xochimilco, Junio 1994, México.